

Pontífice. Fuerza que el pensamiento ha adquirido por medio de la prensa. Hechos históricos. La opinión pública. Influencia de la prensa en arraigar, fortalecer y extender la intervención popular en los negocios públicos. Los antiguos y los modernos: excelencia de éstos sobre aquéllos. Influencia del cristianismo en el desarrollo del espíritu humano. 282

Polémica religiosa. Carta tercera a un escéptico en materias de religión. Sencilla demostración de la existencia de Dios. Eternidad de las penas del infierno. Errado método que suelen seguir en las disputas los enemigos de la religión. Método que debiera observarse. Dogma de la Iglesia sobre la eternidad de las penas. La misericordia no excluye la justicia. *El sentimentalismo.* Abuso que de él se hace. Reflexión sobre su influencia en los errores de nuestra época. Aplicación al dogma de la eternidad de las penas. Razones naturales que apoyan el dogma. Imposibilidad de comprender los misterios. Nuestra ignorancia hasta en las cosas naturales. La duración eterna y la temporal. El purgatorio. Observaciones sobre un carácter distintivo del hombre en esta vida con respecto á las cosas futuras. Necesidad de una impresión aterradora. La explicación filosófica. Los frailes y los poetas. Magnífico pasaje de Virgilio. 301

FIN DEL ÍNDICE.

LA SOCIEDAD.

REVISTA RELIGIOSA, FILOSÓFICA, POLÍTICA Y LITERARIA.

Tomo II.

Obras del Dr. D. Jaime Balmes, Pbro.

LA SOCIEDAD.

REVISTA RELIGIOSA, FILOSÓFICA, POLITICA
Y LITERARIA.

Tomo II.

QUINTA EDICION.

BARCELONA.
IMPRENTA BARCELONESA

Calle de las Tapias, núm. 4.

1889.

(Número de la Revista correspondiente
á 1.º de Junio de 1843.)

ALIANZAS DE ESPAÑA.

ARTÍCULO 2.º

ALIANZA CON LA FRANCIA.

Cumpliendo lo que en el número anterior tenemós prometido, vamos á tratar de las ventajas ó inconvenientes que puede ofrecernos la alianza francesa. Y para que no se dé á nuestras palabras un sentido que no tienen, advertiremos, que al rechazar la indicada alianza, ni siquiera pensamos en los hombres que actualmente empuñan las riendas del gobierno en aquel país y en el nuestro, y hacemos completa abstracción del estado actual de las relaciones del gabinete de Madrid con el de las Tullerías. Colocamos la cuestión en terreno más anchuroso: cosas de suyo grandes deben ser contempladas en un cuadro más extenso, en horizonte más vasto; y se las desnaturaliza y mutila, cuando se tiene empeño en circunscribirlas al estrecho ámbito de las banderías políticas y de los intereses personales.

Parécenos que la cuestión quedará planteada en los términos convenientes, formulándola de la manera que sigue: *¿qué bienes puede traernos la alianza francesa? ¿qué males*

ES PROPIEDAD.

puede acarrearlos? Para mayor claridad procuraremos examinar por separado los dos puntos; bien que se roza de tal manera el uno con el otro, que no siempre será fácil conservar el deslinde.

¿Qué bienes puede traernos la alianza francesa? Volvemos los ojos á todas partes, consideramos los objetos bajo el aspecto religioso, bajo el social, bajo el político, bajo el industrial y mercantil, divagamos por todas las regiones, interrogamos la historia, consultamos la experiencia, conjeturamos sobre el porvenir; en ninguna parte, en ningún sentido, acertamos á ver que pueda sernos provechosa la alianza con la Francia; no descubrimos ninguna utilidad en relaciones demasiado íntimas: sólo encontramos que nos es conveniente el vivir en paz con ella, con la buena armonía que de suyo demanda la vecindad.

Nuestra independencia para nada necesita de la Francia; dado que el espíritu del siglo, la actual diplomacia, una posición peninsular y en el último extremo de Europa, nos ponen á cubierto de todo ataque de la ambición extranjera. La Inglaterra misma, ni piensa, ni pensar puede en atacar nuestra independencia, sino por medios indirectos, disfrazados, dirigiendo con sus consejos y mandando con sus exigencias. Podría parecer á primera vista que para este objeto es necesaria la alianza francesa, pues que el contrapeso de ésta destruiría la preponderancia del gabinete de San James. Pero bien miradas las cosas no es esta la consecuencia que de ahí se infiere: porque no sería dable lograr que desapareciese la preponderancia inglesa, queriéndola matar con el ascendiente de la francesa, sino otorgando á esta última un desmedido valor; lo que por necesidad nos acarrearía una dependencia indigna de una nación grande y pundonorosa; por sacudir un yugo nos someteríamos á otro no menos ignoble y pesado.

La política española tiene en esta parte bien trazada la línea de conducta que le conviene seguir: mantener en equilibrio las dos influencias rivales. Y cuando de este equilibrio hablamos, no entendemos aconsejar una políti-

ca vacilante entre los dos impulsos opuestos, que ora se incline á una parte, ora se abalance á la contraria, convirtiendo la nación en un campo de intrigas, y el gobierno en miserable juguete de ambiciones extranjeras: empleamos la palabra equilibrio para significar aquella actitud independiente é hidalga que cumple á la monarquía de Isabel y de Felipe II; aquella actitud que escucha con prudencia y cortesía los consejos ajenos, pero que los rechaza con desdén tan luego como toman el tono de la superioridad; aquella actitud que hace justicia á las reclamaciones fundadas en derecho, pero que responde con generosa indignación á exigencias injustas, y que venido el caso sabe tirar la pluma y desenvainar la espada.

Y cuenta que semejante política no es un sueño dorado, es muy realizable siempre que tengamos al frente de los negocios, verdaderos hombres de Estado, que comprendan la verdadera situación de las cosas, y se emancipen completamente de las influencias de las pandillas y hasta de los partidos; que ante todo sean españoles, y únicamente celosos del honor y de la independencia de su patria. Esta misma rivalidad que existe entre la Francia y la Inglaterra, es un excelente elemento para sostenernos en una posición libre, desembarazada, propiamente española. Si sólo tuviéramos á nuestras inmediaciones una de las dos potencias, fuéranos muy difícil, atendida nuestra desgraciada situación, que no nos viéramos precisados á rendirle cierta especie de homenaje. Pero ahora, cada una de las fuerzas se hallaría neutralizada por la contraria; y cuando en un sistema existen dos de esta naturaleza, nada queda que hacer para mantenerlas en equilibrio, sino cuidar que la una se halle siempre al encuentro de la otra. ¿Pensáis que la Inglaterra se empeñaría fácilmente en desavenencias con España que pudiesen acarrear un rompimiento? ¿Pensáis que en caso de enemistad con la Francia, viera el gobierno de la Gran Bretaña que el gabinete de las Tullerías toma con nosotros una actitud amenazadora, sin ponerse más ó menos abiertamente de parte del de Madrid?

¿Pensáis que lo propio no sucediera á la Francia en caso de hallarse en situación semejante? Claro es que repugnando á los intereses de las dos potencias el que su rival alcanzase sobre la España ningún triunfo decisivo que pudiese acarrear un exceso de influencia, procuraría evitarlo por todos los medios posibles, apelando si necesario fuese á la guerra.

Ambas naciones lo meditarían muy detenidamente antes de empeñarse en una lucha con nosotros; pues que aun prescindiendo del temor que mutuamente se inspirarían, la guerra de la independencia ha dejado profundos recuerdos que no hacen muy agradable una tentativa de invasión. El sembrar discordia, el promover intrigas que no nos dejen nunca en sosiego, son cosas muy hacederas, y que no cuestan más que el tiempo que en la tarea emplean los agentes, ó cuando más algún sacrificio pecuniario; pero intentar una guerra es asunto más serio, en que no darían voto favorable, ni Wellington ni Sout. Empresa de que saliera malparado el Capitán del siglo, no es para acometida livianamente.

Aquella guerra inmortal reveló en los españoles una energía y tenacidad que no se ha visto en ningún pueblo de Europa. Se dirá tal vez que la nación de ahora no es la de 1808, que los elementos constitutivos de nuestra robustez se han debilitado mucho, que las discordias intestinas han trabajado la nación incapacitándola para grandes esfuerzos; pero sin que pretendamos poner en duda la parte de verdad que en estas observaciones se encierra, no nos parece sin embargo que sean de tanto peso como algunos podrían creer. En primer lugar, no es exacto que nuestros elementos de robustez hayan perecido en su mayor parte; existen todavía, pero dispersos, desparramados, sin punto de apoyo ni reunión, esperando para mostrarse y obrar, el que se adopte un sistema de política nacional, grande, generosa, cual cumple al decoro y prosperidad de tan ilustre monarquía. Y cuando de política nacional hablamos, entendemos que quien ha de adoptarla ha de ser un go-

bierno verdaderamente nacional, que si propende más ó menos á las doctrinas de este ó aquel partido, no consienta en ser instrumento de ninguno de ellos, ni olvide que los hombres que gobiernan no deben tener otra guía que las reglas de justicia y las miras de conveniencia pública. En semejante estado de cosas, es evidente que se trabajaría sin descanso en debilitar y extirpar, si posible fuese, los gérmenes de discordia, en restablecer la nacionalidad, en avivar el espíritu patriótico, en procurar que los partidos si continuasen en su existencia, tuvieran al menos el desprendimiento necesario para acallar la voz del resentimiento y sacrificar sus particulares intereses en las aras del bien común, siempre que así lo reclamaran la independencia y el decoro del país. A este punto va dirigiéndose el espíritu de la inmensa mayoría del pueblo español, por más que la fiebre política que le agita y perturba parezca indicar lo contrario. Si bien se observa esta fiebre está limitada á un círculo muy pequeño; la generalidad de los españoles no ha adolecido nunca del frenesí revolucionario, ni aun en las épocas en que éste se presentaba como más extendido. Hasta aquellos mismos que participaran de ilusiones, van volviendo en sí; el escarmiento engendra en los ánimos el desengaño, y con el desengaño viene la sensatez, que aprecia los hombres y las cosas en su justo valor.

Tampoco es verdad que la energía de los españoles haya menguado desde 1808, hasta el punto que se quiere suponer. Reflexionando sobre la última guerra de los siete años, y poniendo de un lado todo espíritu de parcialidad, contemplando con los ojos de un extranjero la arena del combate, échase de ver que difícilmente se encontraría pueblo en el mundo que ofreciera por espacio de tantos años y en número tan crecido, las escenas de heroico valor, de inalterable fortaleza, de invicta constancia que se presenciaron entre nosotros. Olvidemos los actos de barbarie y de atrocidad inspirados por la sed de venganza y por la frenética exaltación de los partidos que atizaban á los

combatientes; olvidemos aquellas catástrofes cuya memoria pasará á la posteridad como negra mancha en las páginas de nuestra historia; que á pesar de semejantes crueldades de que no está exenta ninguna guerra civil, descubriremos en los principales sucesos de la formidable lucha, un fondo de valor, de hidalguía y heroísmo que recuerda los descendientes de los vencedores de Pavia y de San Quintín.

Estos hechos no han pasado sin fruto á los ojos de la Europa; ella ha tenido el bárbaro placer de contemplar la sangrienta arena sin tomar ninguna medida para restañar la sangre que corría en abundancia, antes bien atizando á los combatientes; pero no lo dudemos, en medio de su aparente indiferencia, se ha estremecido. En Navarra, en Aragón, en Cataluña, ha conocido todavía á los hijos de la nación impertérrita, que sola, sin más recursos que su valor, arrojó impávida la colosal pujanza del Capitán del siglo, que no dejó las armas de la mano hasta verle derribado de su solio. Así, por más que se nos haya motejado, ha conocido la Europa lo arriesgado de una tentativa de invasión; y ni la Francia ni otra potencia cualquiera se atreverían á semejante paso, en viendo, no diremos una unión completa entre todos los españoles, sino tan sólo una mayoría algo respetable decidida á oponer resistencia.

Estas consideraciones dejan bien en claro que nuestra independencia no corre riesgo de recibir ataques de mano armada; y así nada tenemos que recelar de la Francia ni de la Inglaterra; ni para sostenernos nos es necesario mendigar el apoyo de ninguna de estas dos potencias. Todo lo cual adquirirá mayor fuerza si se advierte, que el contrapeso de las grandes naciones del Norte contribuye sobre manera á ponernos á cubierto de todo ataque por parte de las naciones vecinas; porque es claro que no pudieran consentir ni el desmembramiento del territorio de la Península, ni la sujeción violenta del pabellón español al de Francia ó Inglaterra, sin dar por el pie á la obra del

equilibrio europeo, para cuyo sostenimiento se han hecho y se hacen aún tan costosos esfuerzos.

Supuesto que la alianza francesa de nada puede servirnos por lo que toca á la conservación de nuestra independencia, que es lo que pudiera balagar algún tanto, y hasta autorizar ciertos sacrificios, veamos ahora si considerando la cuestión bajo otro punto de vista será dable encontrar otros motivos que nos impelan á continuar la obra de Luis XIV. Se está diciendo á cada paso que brilló en ella el genio de un gran rey; y si mucho no nos engañamos, esto equivale á significar que la Francia salió muy gananciosa con la desaparición de los Pirineos. Mas como quiera que nosotros no debemos mirar las cosas bajo el punto de vista de la conveniencia francesa, sino española, es necesario, si á la alianza se nos quiere inclinar, que se nos muestren las ventajas que de la misma nos han resultado, manifestándonos por ahí las que en adelante podrían resultar. Concíbese muy bien que á la Francia separada de la Inglaterra sólo por un brazo de mar, fronteriza al Norte y al Oriente con poderosas naciones, expuesta á menudo á gravísimos compromisos y á conflictos arriesgados por su misma posición topográfica y por el estado de las relaciones de las potencias europeas, puede interesarle el tener á sus espaldas un resguardo en la alianza de una nación respetable, de carácter leal y generoso; alianza que en ningún caso podrá acarrearle daño, ni empeñarla en lances desagradables, antes sí servirle de mucho en las eventualidades de un rompimiento con el resto de Europa. Pero no es así por lo tocante á España; y recorriendo la historia desde el entronizamiento de la casa de Borbón, dudamos que pueda señalarse un solo hecho en prueba de lo contrario. La España se ha visto repetidas veces empeñada en compromisos por motivo de la Francia; el pacto de familia nos ha traído gravísimos males que no han sido compensados por ningún bien.

Federico el Grande decía, que si él se hallase rey de Francia, no se dispararía en Europa un solo cañonazo sin

su permiso: este pensamiento expresa la necesidad en que se halla aquella nación de estar continuamente mezclada en todas las grandes cuestiones europeas, de resentirse y aun participar vivamente de cualquiera agitación ó acontecimiento que tuviere lugar en las demás naciones, y de producir á su vez estremecimientos ó trastornos en las otras, cuando ella sufra alguna revolución ó considerable mudanza. Si otras circunstancias no mediaran bastarían las indicadas para demostrar cuán imprudente fuera el mantener relaciones demasiado íntimas con esta nación: en tal caso nuestra conducta se asemejara á la de aquellos hombres indiscretos que pudiendo vivir tranquilos en el seno de su familia, se entrometen en casa ajena arrojando disgustos y exponiéndose á perjuicios.

Las razones arriba expresadas, militan también con respecto al tiempo anterior á la revolución de 1789, pero desde aquel colosal acontecimiento, y particularmente desde la última de 1830, son tantas y tan graves las consideraciones que aconsejan prudente cautela, que en presencia de ellas parecen de poca importancia las que acabamos de exponer. Una dinastía nueva, y con ella un orden de cosas enteramente nuevo, traen siempre consigo complicaciones tan difíciles, pueden acarrear eventualidades tan varias é imprevistas, que es menester precaverse con mucho cuidado contra sus consecuencias.

La Europa entera ha reconocido los hechos que fueron el resultado de la revolución de Julio; pero semejante reconocimiento no le ha impedido el mantenerse en cierta actitud de prevención y desconfianza, cual si temiera, que de un momento á otro, no viniesen sucesos inesperados á dar á las cosas un sesgo peligroso. Y no se crea que siga la Europa esta línea de conducta por motivo de las mayores ó menores simpatías que conserve con la rama caída, ni porque dude de las miras pacíficas y tendencias conservadoras de la reinante; en cuanto á lo primero, pesa muy poco en la balanza de la política actual de los gabinetes el interés de un individuo ni de una familia, para

que alcancen á recabar tanta consideración, ni influyan en el curso general de los acontecimientos: y por lo que toca á lo segundo, trece años de trabajos y de fatigas en contener la revolución, y de concesiones y deferencias á los deseos y susceptibilidades de los gobiernos extranjeros, son prueba nada inequívoca de que se tiene la voluntad de no permitir, en cuanto posible sea, el desbordamiento de las ideas revolucionarias, y que lejos de pensar en propaganda ni en resucitar cuestiones resueltas en 1815, sólo se trata de no perder lo que posee, añadiendo lo presente con lo pasado, y esforzándose en hacer más y más respetable el hecho, haciendo en cuanto cabe olvidar el origen. Infiérese de aquí, que la desconfianza que abraza la Europa, y tan visible se presenta á cada oportunidad que se ofrece, nace de la misma naturaleza de las cosas, y de que la Francia está muy lejos de dar sólidas garantías de orden y estabilidad.

Háblase continuamente de la extraordinaria capacidad de Luis Felipe, de los inmensos resultados de su habilidad y previsión; no negaremos al jefe de la nueva dinastía las eminentes calidades que le honran, ni pondremos en duda que la Francia le debe quizás el no haberse despeñado hasta el fondo del abismo hacia donde empezara á rodar con la revolución de 1830; pero si no nos engañamos, los mismos elogios tributados á Luis Felipe son un tristísimo indicio del mal estado social y político en que debe de encontrarse la nación que aquel monarca gobierna. En efecto: ¿por qué se pondera tanto su talento? por que ha sostenido el orden: ¡desgraciado pueblo que para sostener el orden necesita un hombre extraordinario!

Reflexionando sobre la línea de conducta seguida por Luis Felipe, notaremos que todo el secreto se reduce á lo que vulgarmente hablando, se llama *tira y afloja*. Hay al rededor del trono dos docenas de hombres de principios más ó menos parecidos, pero que divergen un tanto en la aplicación, como deben diverger por necesidad, no cabiendo todos juntos en el ministerio. Quién se arrima un